

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

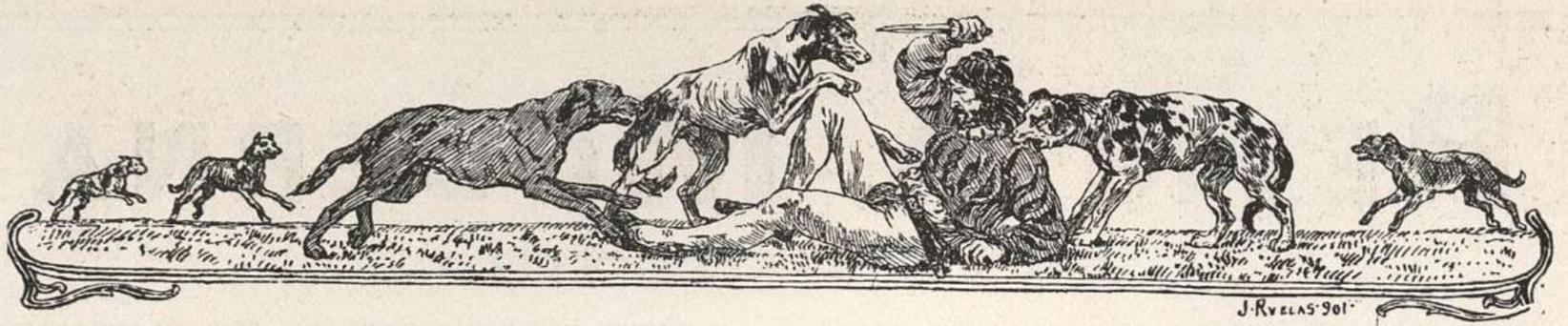
DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



ALEGORÍA DE LA PRIMAVERA, UN DETTAGLIO.—BOTTICELLI.—FIRENZE.



CUÑO.

Era un perfil austero de líneas de medalla,
Gestos y porte duros, indómita cabeza,
Y en su cruel pupila reflejos de batalla
Y en sus altivos labios blasones de grandeza.

Su acento era como una vibrante sinfonía,
Su cabellera un casco bruñido y luminoso,
La lumbre de sus ojos, qué ardiente mediodía!
Sus senos, qué suave cojín para el reposo!

Oh juventud! y entonces sonaron tus esquilas,
Y entonces las estrofas de brillos estelares
Bogaron en mi sueño de láminas tranquilas
Como en las quietas fuentes los cisnes familiares.

Bramó mi sangre entonces como un turbión deshecho,
Corrió mi sangre hirviente como un alud que rueda,
Y golpeó la dura muralla de mi pecho
Como un tenaz martillo que bate una moneda.

En mi éxtasis inmóvil forjaba su sonido
Afanos de conquista y ardores de batalla,
Y el golpe de la sangre, fogoso y repetido
Grabó en mi pecho el busto de líneas de medalla.

Efren Rebollo





J. RVELAS 901

“LAVÓ SU CUERPO CON AMBROSÍA.....”

«....e tanto piu supera (il pittore) gl'ingegni de li omni, che l'induce ad amare e innamorarsi di pittura, che non rappresenta alcuna donna viva.»

LEONARDO DE VINCI.



DUQUESA de Urbino! blanca Eleonora! no han encontrado mis ojos ni han deseado mis amores, un cuerpo tan incitante como el que ofreciste—desnudo hasta los pies—de perfecto modelo á los pinceles del Tiziano. Eres el fruto maduro de la Forma.

Bien hizo el artista en no convertirme en diosa, bien hizo dejando caliente tu carne. Caliente es tu cabellera rubia, caliente es tu boca osculante, caliente es tu seno donde florece el pezón de fuego, caliente es el broche triangular de tu sexo.

Tienes sangre. Tienes pasión. Vives. En la línea del arte quedó palpitando tu piel de mujer.



VENUS DE URBINO.—TIZIANO.—FLORENCIA.

(Heré entró en la alcoba nupcial que su hijo bien amado Hephaistos había hecho. Entró y cerró las puertas resplandecientes.

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

*
* *

Y no eres impúdica, no eres perversa. No habitas en el museo secreto del arte de amar. Estás junto á las madonas de Rafael y del Correggio, y las vences en esplendor. Estás sobre la Venus de Medici y te burlas del mármol amarillento y frágil. Eres el placer, la risa de la vida, la miel del beso, el desmayo de los ojos, la impaciencia de la caricia, el frenesí de la posesión, el espasmo rápido y eterno. . . . Eres el Pecado, el pecado delicioso, delicioso, delicioso, oh Erótica! Así como no hubieran podido pintarte las medias tintas anémicas del Botticelli, y así como te pintaron los colores francos del Tiziano, te desdeñarán los hipócritas y te amarán los fuertes. Fuerte, fuerte como condotiero véneto era Guy de Maupassant, y dijo de tí que te prefería á todas las mujeres vivas.

(Lavó su cuerpo con ambrosia; después se perfumó con un aceite divino cuyo aroma se esparció en la mansión de Zeus, sobre la tierra y en el Uranos.

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

*
* *

Tendida sobre cojines rojos, después del baño, descansas. Oh, tú no sufres, tú no lloras: es el secreto de tu belleza corporal. Tus ojos bovinos reflejan las armonías luminosas. No eres excesiva como una Bacante ó como una Santa; no te entregas ebria de pámpanos ni oliendo á ungüentos claustrales, con las ropas desceñidas ó las carnes maceradas; no debo llamarte vagabunda, ni circular, ni frenética, ni orgiasta. El límite de tus placeres es el placer mismo. No naciste para ser madre ni para ser prostituta. Eres triunfal: te aclamaron en una fiesta de Venezia cuando surgiste desnuda sobre la proa de oro de tu góndola.

(Una vez perfumado su bello cuerpo, peinó su cabellera y trenzó los cabellos brillantes, bellos y divinos, que flotaban de su cabeza inmortal.

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

*
* *

Tienes un manojo de flores en la mano. En el fondo, cerca de la *loggia* de columnas abierta á la luz de Florencia, las siervas sacan de un cofre las ropas fabricadas en Burano para vestir á la Duquesa.

(Revistió una Khlamyde divina que la misma Athenea había hecho adornada de mil maravillas, y la fijó sobre su pecho con broche de oro. Se puso un cinturón de cien franjas, y en sus orejas bien agujereadas pendientes trabajados con cuidado y adornados con tres piedras preciosas. Y la gracia la envolvía toda entera.

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

*
* *

No, no te vestirán nunca. Podré contemplarte siempre así, desnuda, suntuosamente desnuda. Me parece que todos los amores que he tenido en la vida, juntándose en el nivel de un solo anhelo, funden sus ritos en loor de tí, blanca Eleonora! Sonad en los bosques, agudos pífanos de Pan! estallad en mi alma, cláusulas polifonas de la poesía! sea la Primavera! sea el amor!—Imágenes de mujeres neuróticas, imágenes de mujeres sanas, imágenes de mujeres frías, imágenes de mujeres apasionadas, imágenes de mujeres que amé, imágenes de mujeres que me amaron, insaciables Sulamitas sedientas de riego como el desierto, tenues Epifanías tejidas de ideal, hijas frondosas del Sol robusto, hijas impalpables de la Luna histérica. . . ., idos lejos, á la bruma, al olvido; dejadme solo con *Ella*, con la pecadora, con la indeformable, para contemplarla, tanto, tanto, que mi locura la zafe de la tela, y llena de vida me ciña con sus brazos, me dé la miel de su lengua, desmaye sus ojos bajo mis ojos, abra á mi amor el broche triangular de su sexo, y la posea sobre los reclinatorios negros de una góndola negra, en un canal muerto de Venezia muerta!

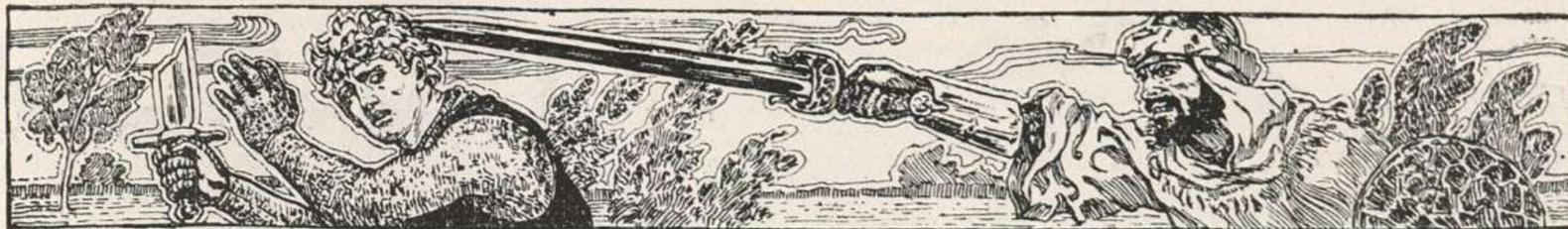
(El hijo de Kronos tomó á la Esposa en sus brazos.

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

Florencia, Marzo de 1899, pensando en el pintor Leandro Izaguirre.

JESÚS URUETA.





J. RVELAS '961

VEJECES.

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color; saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria—
Y á veces á los hombres cuando inquietos
Las miran y las palpan con extrañas
Voces de agonizantes dicen, paso,
Casi al oído, alguna rara historia
Que tiene obscuridad de telarañas
Son de laúd y suavidad de raso.

Colores de anticuada miniatura
Hay, de algún mueble en el cajón, dormida,
Cincelado puñal, carta borrosa,—
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo ennegrecida,
Histórico blasón donde se pierde
La divisa latina, presuntuosa,
Medio borrada por el liquen verde,—
Misales de las viejas sacristias,
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardais de lo pasado los reflejos;
Arca, en un tiempo de ducados llena,—
Crucifijo que tanto moribundo
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdoba, alacena
Que guardaba un tesoro peregrino,—
Y donde anida la polilla, sola,—
Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espadín y gola,—
Mayúsculas del viejo pergamino,—
Batista tenue que á vainilla hueles,—
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ricos brocateles,—
Arpa olvidada que al sonar, te quejas;—
Barrotes que formais un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas,—
El vulgo os huye, el soñador os ama
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas.

El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas,
Y nos lleva á lugares halagüeños
En épocas distintas y mejores;
Por eso á los poetas soñadores,
Le son dulces, gratisimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas,
Las formas, los estilos, los colores,
Las sugerencias místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.



PIERROT SEPULTURERO.

Esa tarde, otoñal, lánguida, con tintes de huracán azul en el cielo y neblinas de invierno, yo me encontré sin saber cómo en el cementerio. Paseando—porque amo infinitamente las estrechas avenidas donde las casas caprichosas y diminutas, sólo albergan despojos—las horas fueron corriendo y el huracán azul se trocó en morado ennegrecido. Ya iba á salir, pero la carretera me pareció monótona y la blancura de los mármoles me atrajo.....

*
* *

De pronto tropecé con una extravagante figura á la que sin embargo reconocí casi inmediatamente, no con poca sorpresa. Ud. aquí!—exclamé casi involuntariamente—y mi aparecido hizo singular mueca de malicia, en cuya expresión leí muchas cosas.

*
* *

Blanco, con su habitual blancura de lirio, frágil como flor que el viento mece, pálido como hostia temblando en manos del sacerdote, Pierrot se hallaba ante mí. Pierrot, mi viejo amigo, el incansable noctámbulo, el que seguía los *fracs* y las caravanas ruidosas para sonreír á sus anchas y desdeñar con sus gestos de gran señor todos los placeres y todos los caprichos humanos.

*
* *

«Qué quiere Ud.—decía— desde que *Gautier* y *Banville* murieron, comprendí que mi reino no era ya de ese mundo. Nadie más hizo caso de mí, y era justo porque yo nunca había hecho caso de nadie. Pero á pesar de eso me sentí triste. Me habían cantado en versos tan hermosos! Había yo resplandecido tanto á la luz mágica de las rampas! Y luego las gentes eran tan distintas! Ni pizca de ingenio, nada! El mundo se convirtió en inmenso hormiguero de gentes graves, vestidas de negro, yendo siempre de prisa, corriendo como almas que lleva el diablo. La verdad es que aquello era muy poco alegre! Hablaban de negocios, de dineros, de empresas de minas, del Transvaal, qué sé yo! Nombres imposibles y razonamientos más imposibles aún. Los mortales, sin construir Babel alguna, olvidaron su propio idioma para expresarse con palabras demasiado largas ó demasiado cortas, sin sonoridad y tan concisas como golpes de martillo; uno, doscientos noventa y nueve, dos mil, y la Lengua, la Bella Lengua, la que se habla lentamente, la que se escucha con recogimiento al borde de una mesa mientras vuelan las espirales salidas de la pipa, la que en la penumbra del humo evoca ciudades fantásticas y mujeres hermosas, la que con una frase, concisa también, levanta todo un espejismo ante los oyentes, la Soberana Palabra la olvidaron, Señor mío, y el mundo se convirtió en una Bolsa, donde cada gesto y cada palabra querían decir rapiña y que si algo evocaban eran montones de esas ridículas ruedas doradas ó vulgarmente plateadas que tan mal suenan al oído, que no están nunca quietas y que por mi parte siempre desdeñé. Eso era el mundo, y decidí retirarme.

(Aquí Pierrot tuvo expresiones de sentida melancolía, sus ojos pasearon por los árboles que se balanceaban y por las cruces que perdían sus vivos colores; luego continuó):

«Yo que como Señor espléndido y no teniendo otra cosa que derrochar, derrochaba ingenio y perdía solemnemente el tiempo desde que un inglés dijo: *Time is money*, yo, me encontré de más en ese mundo. Apliqué dos puntapiés á Arlequín, dí dos fumadas á mi pipa, desdeñé á Colombina que andaba en combinaciones con un banquero, y resuelto á todo me colé en una trapa. Ay! amigo mío! qué desengaño para mí! Ahí plantaban coles, engordaban puercos y se arrodillaban y levantaban los ojos exactamente como lo hubiera podido hacer un autómatas. Recorrí el mundo, oí más necedades de las acostumbradas, y por fin, cuando pensaba, no en buscar un duelo, pues ya no hay quien los acepte, y si en arrojarme desde la más alta torre, mi buena estrella me hizo entrar aquí.

Precioso lugar, mírelo Ud.: árboles, avenidas, monumentos y silencio; qué más se puede decir? Mi gran amiga, la única á quien de veras he amado, mi buena compañera me visita con frecuencia, mírela Ud.: (*Pierrot levanta emocionado los ojos*). La luna! ah! ella conoce todas mis tristezas y todos mis cariños, ella me ha guiado, á ella he seguido, y con su luz, protectora y tibia, he confundido muchas veces

mi traje. Si me visto de blanco es por ella, porque ella es blanca como una desposada, como una muerta. La luna, Señor mío, es lo único hermoso que en este mundo nos queda, y por eso, porque es delicada y porque es bella, sólo sale de noche, cuando el común de los hombres duerme, cuando no pueden profanarla millares de miradas mezquinas. Ver la luna, gustarla, caminar bajo su pura luz es placer de unos cuantos, de escogidos; para el resto, para la interminable muchedumbre allá está el sol, brusco, grosero, aplastando, inflamando rostros bestiales, haciendo sudar y congestionarse! Y mire Ud., yo que tanto había amado la luna, yo que la conozco y la amo desde que nací, nunca la había visto tan hermosa. Este jardín de muertos parece ser su propia casa, lo ama, le da brillos singulares: es la lámpara necesaria á estos edificios, y yo debía estar aquí, puesto que este lugar le place; tal vez por eso me encuentro tan bien. Oh! porque me encuentro perfectamente! Ud. no puede figurarse! para mí esto es un Edén. Durante el día, paseo, riego las plantas, corto las rosas, limpio los mármoles y hago brillar los cobres de los enrejados. Cuando no estoy de humor para trabajar, me cuelo en las capillas, enciendo los cirios, hago sonar las campanas y de cuando en cuando, así, por juguete, cuento mentiras á los muertos mis amigos.

Cómo! Ud. no cree que se pueda tener amistad con los muertos? Pues sí, mire Ud.: aquí viene de todo, pero la *Señora*, la que los trae, es lo más juicioso y lo más sabio que puede concebirse. La mayoría queda ahí en el fondo de las fosas, entregados á los gusanos como ellos se entregaron á las mezquindades. Los cerebros que concibieron ideas de vilezas y de egoísmos, los cerebros que sólo soñaron con metal, con metal en diversas formas, en diversos tamaños, en diversos valores y en diversas leyes, ahí los tiene Ud., rígidos, fríos, insensibles, como el Señor á quien adoraron. Otros, á los que generalmente el mundo llamó vagos, los que eran inútiles y no se preocupaban por ruindades, los que eran necios y torpes porque amaban la luna y eran enamorados de las hermosas frases, y los matices y las notas, los que pasaron su vida en interiores éxtasis, con el pensamiento arrodillado ante interiores altares, los que ardían con llamas cuyo brillo no semejaba al del oro y sí al del crepúsculo; todos esos, los despreocupados, los que no formaron parte del inmenso rebaño pastando alrededor del Buey Bíblico, todos esos, amigo mío, vienen también aquí; pero la muerte, porque mucho en ella pensaron, les da horas de recreo y les permite salir y entregarse á sus pláticas, con la lucidez que su nuevo estado les da, lucidez que sólo en muy contados habitantes de sobre-tierra, pude ver. Se oyen aquí cosas interesantísimas; hablan de todo, conservan su ingenio, pero excesivamente aguzado. No hay camaradas comparables á los muertos.

Mire Ud., que me cree loco y fija en mí sus ojos absortos, va á presenciar algo interesantísimo. Dentro de un momento jugaremos una partida de bolos, un verdugo que tronchó algunos cuellos reales, un asesino muy artista que firmaba con sello especial sus cadáveres como lo hubiera podido hacer el más eximio pintor de *Kakemonos*, un hombre que fumó mucho, bebió mucho café y emborrónó con singular deleite varias gruesas de cuartillas. La luna, buena chica como siempre, vendrá para alumbrarnos; iremos al osario, y con unas cuantas tibias clavadas en tierra y los cráneos que nada sienten porque nada encerraron en vida que sintiera, harán las mejores bolas que se hayan visto. Acepta Ud?.....

Los bailes que aquí organizamos son superiores. Superan, si no en fausto, sí en originalidad á los más célebres que se han conocido. Reside ahí, junto aquel muro, un violinista que hizo algún ruido en el mundo, y le aseguro á Ud. que jamás estuvo tan inspirado como aquí. Yo tuve la ocasión de oírlo en un Teatro de París, y la verdad es que ha ganado mucho. Aquí se perfecciona mucho el gusto. Pues bier, apoyado en ese árbol que ve Ud., su violín en mano y la actitud grave nos entusiasma. Mis muertos danzan, danzan los más endiablados rondós; un chiquitín sobre todo, que está ó estuvo enamorado de una doncella que vive allá, bajo ese ángel de alas caídas, sabe dar á sus movimientos expresiones tan lujuriosamente amorosas, que el fósforo brilla en algunas espinas dorsales. Durante el Carnaval y siguiendo mi consejo, se vestirán con mi traje unos, y de magistrados ó académicos otros. Un baile de Pierrots é Inmortales, será digno de ser visto; siento deseos de invitar á los auténticos casacones del Pont-Neu.

También solemos tener nuestros malos ratos, no crea Ud. Recién casados que lloran, jóvenes que se lamentan de morir tan temprano; con unos juegos florales, varias poesías apropiadas y algunas reuniones donde se les presenta con celebridades que se encuentran perfectamente bien aquí, quedan tranquilizados y llegan á tomar gusto á nuestras costumbres, convencidos de que cuando se ha sabido vivir bien, la muerte no es tan mala.»

*
* *
*

Mi asombro y mi terror iban en aumento, y para ser sincero diré que á cada palabra de Pierrot y á cada arranque de su morboso humorismo, más me aferraba á mi convicción: Pierrot ha perdido por completo el juicio—me decía.—Siempre fué extravagante, pero jamás lo creí capaz de llegar á semejantes delirios.

El, sin hacer caso de mi asombrado mutismo, fué á una tumba cercana. Lo ví alejarse y su silueta completamente blanca parecía alguna estatua bajada de su pedestal. «Poca cosa—me dijo al volver—un amigo mío, pintor de bastante talento, que me suplica eche las piedras más pesadas sobre el ataúd de un usurero que debe presentarse aquí mañana. Ah! y se me olvidaba! es otra de mis grandes diversiones; cuando la *Señora* me avisa que tal ó cual no debe levantarse nunca, con qué placer echo tierra!

Nunca hubo aquí un sepulturero tan activo; las paletadas van una tras otra, caen, sonando á hueco primero y luego, cuando la pala produce su sonido metálico, me digo, «le suena á plata,» y echo, echo más entusiasmado cada vez, mientras mis muertos rien y rien. Cuando he logrado levantar un montículo, dejo mi pala á un lado, me pongo de pies y haciendo mi cuerpo lo más pesado posible, danzo para apisonar aquella tierra. En la noche suplico á unos cuantos me ayuden en la tarea y ahí nos tiene Ud., Pierrot en medio y los esqueletos alrededor apisonando rabiosamente sobre un burgués que no asistirá jamás á nuestras fiestas.

Si, amigo mío, Pierrot ha alcanzado la Sabiduría y la Satisfacción. Ni platicar con las celebridades más empingorotadas, ni cortejar á las actrices más hermosas, ni desdeñar á los más altos, me ha producido placer tan grande como el ser sepulturero. Yo he sido todo, soldado, juez, anarquista, marido celoso, inventor, poeta, actor, todo; pero nada, nada es tan agradable como vivir en un cementerio lleno de rosas, enterrar muchos burgueses y jugar bolos con esqueletos alegres é ingeniosos.

Pero en fin, amigo, me marchó. La *Señora* tiene que darme órdenes para mañana. Ojalá venga Ud. pronto por aquí, se divertirá mucho.

—Con tal de que no organice Ud. uno de esos bailes de apisonadores, amigo Pierrot!

—Hum!—Es preciso portarse como el Ensueño lo manda; ¡adiós!

Y Pierrot, tomando su azadón, desapareció grave, suntuoso, mirando enternecido á la luna que parecía guiñarle un ojo.

BERNARDO COUTO CASTILLO.



La «Revista Moderna» prende hoy en sus páginas una flor negra en recuerdo del refinado artista Bernardo Couto Castillo, muerto en la mañana del 3 de Mayo.

Aquí donde son tan pocos los luchadores del Ideal, en esta tierra donde son contados los amantes de la Belleza, y raro, muy raro ¡ay! el que después de satisfacer sus necesidades groseras busca las delectaciones intelectuales de la Ciencia ó del Arte, más difíciles pero más puras, es irreparable la pérdida de un compañero que enarbola nuestro mismo estandarte.

En su prosa sutilmente bella y brochada de sensaciones pungentes, hablaremos sus amigos con su espíritu fecundo en rarezas y exquisiteces, y en su sepulcro donde lo rodeará el recogimiento de la Naturaleza, sobre su losa funeraria que bordearán sus hermosos cuentos como ramilletes de Flores del mal, Pierrot, el personaje más querido y más cantado por el artista, murmurará en las noches su elegía de gratitud y de lágrimas.



Vive ¡oh Musa! entre símbolos velada,
Tal como una estatua submergida;
Como luna en la tarde presentida
Y antes de tramontar adivinada.....

En la espiga de oro encarcelada
Como las hostias vivirás dormida,
Y guardarás la esencia de tu vida
Como esconde su sangre la granada!

Sólo el latir del corazón sonoro,
—No su amor, ni sus ansias, ni su anhelo—
Mueva el soberbio pectoral de oro.....

Y si sufres ¡oh Musa! que tu duelo
Se deshaga en la sombra, como un lloro
Tras de un negro antifaz de terciopelo!.....

México, 1901.

JOSÉ JUAN TABLADA.



POESIA.



L EDITOR artista ha puesto sobre la seda opaca del fondo, en una extensión otoñal, un vuelo de golondrinas. Quien así denuncia su poesía es el poeta artista que hoy tiene España, prestado por América mientras brota uno propio: Francisco de Icaza. Son cosas de sol y de galantería rimada; más humo de color de rosa, como en las *Efimeras* de que habló á su tiempo LA NACIÓN. Es la fiesta de los ojos, de Rodenbach, pero sin que las miradas queden con ventanas á lo interior, sino hacia afuera, en donde la navegación en el azul y la armonía de las cosas producen la música.

Cuando lo sensitivo es la melodía, el pensar se objetiva, el ensueño se cristaliza en una estrofa ó en una sucesión de estrofas. *Efimeras* hizo escribir á Julio Burell un artículo de comprensión y vuelo, como suyo; la crítica española fué más que cortés, en lo general, aunque sin conocimiento de causa. Para juzgar la poesía de Icaza se requiere una cultura cosmopolita, una información sabia de literaturas extranjeras, porque si no es un abstruso como en las letras de nuestra América lo es ese formidable Lugones; su puesto está al lado de Manuel Gutiérrez Nájera y del tristemente perdido Julián del Casal. En *Lejanías* la modulación del verso, la rítmica misma, en ocasiones rompe las cintas que unen la estética de Icaza á la contemporización con la casa española, y el huésped sabe demostrar que en ese continente hay algo más que la tradición de modalidades literarias hoy caducas, el soplo de todas partes, el aliento de todos los puntos cardinales. Y que si conservamos la lengua como instrumento propio, en lucha con lo que puede menoscabarla, agregamos al tesoro de la herencia lo que logramos conseguir en latitudes distintas, en plasticidad, vocabulario, musicalidad y matiz.

Del libro que pronto aparecerá, van como primicias á LA NACIÓN los versos siguientes, que el diplomático mexicano y poeta amable ha querido concederme:

INVERNAL.

Ce n'est plus le temps d'aller sur la mer.
Ce n'est plus le temps d'aller dans les bois.

*
*
*

Parece el mar de bronce y sobre el cielo obscuro
La espuma de las aguas se levanta en los aires....
¿A dónde va el viajero
Si el tiempo no es propicio para cruzar los mares!

Hay nieve en los senderos, en el bosque sin hojas
Esqueletos de ramas, y arriba el cielo blanco....
¿A dónde va el viajero
Si el tiempo no es propicio para cruzar los campos!

Vuelva al hogar: le esperan donde hay amor y lumbre;
La llama brilla alegre, y en el rojizo fondo,
De espaldas á la sombra,
Pensando en él se agrupan muy cerca unos de otros.

¡Ay! para el que regresa y en el hogar vacío
No encuentra quien le espere, ni halla el amor de nadie,
Es el tiempo propicio para cruzar los campos
Y atravesar los mares....

RITORNELLO.

Insisto, no importa, mi pasión es terca,
Y será forzoso que el rigor ablandes;
He de ver á solas y cerca, muy cerca,
Tus ojos profundos, azules y grandes.

En noches de ausencia, mirando en las olas
Brillar los reflejos de lejanos mundos,
Pensaba en mirar de cerca y á solas
Tus ojos azules, grandes y profundos.

¿Ruegos, amenazas? ¡Si todo es lo mismo!
Igual que me ofendas, igual que me adules,
Perdóname y mirame. Me atrae el abismo
De tus ojos grandes, profundos y azules.

Otium cum dignitate, Icaza realiza el tipo del diplomático gran señor que no solamente *taquina* la musa, sino que la cultiva y la fecunda. Es visto en los altos círculos pensantes como un joven maestro cuya autoridad no se recela. Su escandaloso descubrimiento de los plagios de Doña Emilia le han hecho poco simpático á todos los que somos amigos de la noble señora de la calle Ancha de San Bernardo; pero con todo, ha llegado á ser vicepresidente del Ateneo. Su aristocracia social y literaria le pone á cubierto de más de un inconveniente, en la frecuencia de los cenáculos de cierta índole, caciquismo bohemio, ó camaradería dificultosa.

Mas su poesía se escucha, ya como un viento inusitado entre la arboleda lírica normal, ó como la canción de los chorros de agua, en una fuente, cerca de la Academia, canción de melancolía cuyo secreto psíquico y armonioso no lo percibe sino el meditabundo y el comprensivo. Usando el instrumento nacional y tradicional, Icaza logra ser un poeta modernísimo, y demuestra á los peninsulares que quedan en las orillas de los mares de América, multiplicadas tortugas de oro como aquella en que el jorobado Alarcón afianzó las siete cuerdas de su lira.

RUBÉN DARÍO.





LUZ DE LUNA.

I

¡Oh! mácala!—á su oído
dijeron á la vez la torva Ira
y el Despecho brutal. Enloquecido
y ciego de furor alzó la mano;
relampagueó el acero de la hoja,
y mientras hiere y la mujer expira,
parece que abre impenetrable arcano
con la cuchilla humedecida y roja.

II

¿Era culpable?—dicele muy quedo
una voz honda que le hiela el alma.
¿Era culpable... di?—la voz insiste;
y por primera vez le azota el miedo.
Contempla en torno con fingida calma...
atravesando la entornada puerta,
la luz crepuscular alumbra triste
el pálido semblante de la muerta.

III

En el último rayo enrojecido
en la sangrienta charca en que reposa
la joven, como un lirio desprendido
del tallo por la racha enfurecida,
mira flotar el alma de su esposa
que parece volver al cuerpo inerte
y reanimar la llama de la vida
en los despojos mismos de la muerte.

VI

«No soy culpable, no,—dice la boca
inmóvil del cadáver cuyos ojos
abiertos ven al trémulo asesino:—
firme fué mi virtud como la roca
que no conmueve el huracán.~ Abrojos
sólo recogerás en tu camino.
Por tu crimen bestial no lledes duelo.
El abismo eres tú, yo soy el cielo.»

V

Se apagó el rayo de la luz incierta
á los pies de la noche ennegrecida
que cubrió con su manto
la faz aterradora de la muerta.
A tientas sacó el hierro de la herida
el matador. Sin pena ni quebranto,
como en la blanca noche de su boda,
cubre de besos á su dulce amada;
amoroso á su lado se acomoda;
y sin una oración, sin decir nada,
con mano firme y ánimo certero,
á la luz de la luna que nacía,
exhalando un suspiro de alegría,
se partió el corazón con el acero.

JESÚS E. VALENZUELA.



EL HEROISMO DEL TRAJIDOR.



UES vean ustedes,—nos dijo seriamente, después de dar un sorbo á su taza de café, el viejo Coronel retirado—la primera vez que oi eso de *hipnotismo y sugestión* creí que fueran palabrotas inventadas para embaucar imbéciles..... No hice caso; pero más tarde, á fuerza de seguir oyendo las mismas palabras en boca de personas respetables, aun en la de mis más viejos y serios amigos, en los periódicos..... ¡Oh! sí, hasta en los mismos periódicos, puse mi atención en lo que pudiera ser aquello..... ¡Y palabra de honor que tuve que convencerme de que podía ser verdad esa maravilla!..... No; yo no he creído nunca en los milagros, ¡qué había de creer, si me llamaban en el escuadrón «el renegado» y las *soldaderas* fanáticas me odiaban porque blasfemaba con alguna frecuencia; después, hombre, ¿por qué no lo he de decir? me he vuelto más tolerante... . ¡como ya no me hacen rabiar las hambres de los campamentos!..... Bueno, no creyendo en los milagros se me figuraba que, de existir el famoso *hipnotismo*, tenía que ser un milagro..... ¡Y sin embargo, recordaba haber visto con mis propios ojos un milagro!..... Pero como no fué ejecutado por un santo, tenía que pasar por él, de buena ó mala gana.....

Y cuando por fin comprendo que la *sugestión* es un hecho,—porque asistí á las experiencias del Dr. Parra,—me persuado que aquel que creía yo milagro de un demonio, no fué sino un terrible caso de *hipnotismo ó sugestión ó influencia* ó..... lo que ustedes quieran llamarle; pero el hecho es cierto; yo lo ví; yo intervine en él sin darme cuenta, tan sólo quedando estupefacto ante lo que me dejó mudo de sorpresa como después de una alucinación vergonzosa.

Verán ustedes cómo pasó el caso:

Vagaba mi escuadrón de «Voluntarios de Tepic» por el Sur de Sinaloa. Se había separado hacia dos meses del grueso de las tropas del General Corona, de ese valiente Jefe que tan altos destinos realizó y debía realizar.

En aquel escuadrón iba yo como alférez, después de haber pasado á Guadalajara, apartándome del Ejército del Norte, que principiaba á organizarse para continuar la defensa nacional contra la invasión francesa.

Expedicionábamos en busca de víveres; y en efecto, al principio tuvimos buena suerte, quitándole á los imperialistas un convoy respetable ya. Nos dirigimos á incorporarnos con nuestro General cuando nos dieron alcance dos pelotones de caballería francesa, que cierta mañana cargaron sobre nosotros en el recodo de una cuesta, dándonos repentinamente, cuando menos lo esperábamos, la más sangrienta y feroz sabliza de que tengo memoria.

¡Oh! amigos, aquello fué espantoso, terrible á más no poder!

Figúrense ustedes que desfilábamos tranquilamente, al sol naciente, dorado y lindo como una gran onza de oro, acabados de almorzar, cantando esas inolvidables canciones *chinacas* que tanto entusiasman á las tropas liberales en sus eternas penurias y constantes miserias, cuando de no sabemos dónde brotan gritos ante un estruendo endemoniado; la luz se oscurece por espesa nube de polvo..... y por nuestra retaguardia y por las lomas que teníamos á nuestros flancos, aparecen los uniformes azules de los franceses y los rayos de plata de sus sables, de sus sables que un minuto después se levantaban rojos de sangre mexicana.....! Y nada,—¡esas cosas son fatales en la guerra!— la desmoralización y el pánico; no tuvimos tiempo de sacar nuestros machetes..... Emprendimos la retirada, abandonando nuestros preciosos bagajes..... ¡Y muy allá, en el fondo de una barranca de la sierra, fuimos á reunirnos los que quedamos, tristes y sombríos, reconcentrando en nuestro pecho la cólera noble de los vencidos sin combate! Nuestro Jefe, el capitán Loza, estaba espantosamente frenético. Hubo necesidad de arrancarlo por fuerza del lugar del peligro, pues desarmado, muerto su caballo, echando espuma por la boca, negro de pólvora, se obstinaba en desafiar,—esgrimiendo por el cañón una carabina rota,—á los

enemigos que por admiración—¡Ah! ¿sería también por la *sugestión* del heroísmo?—no le acabaron allí junto á muchos de los nuestros!

—¡Aquí hay un traidor, aquí hubo un canalla traidor! Yo no comprendo cómo supieron los franceses por dónde íbamos. ¡Ah! miserables!

La tropa y los oficiales que le rodeamos cariñosamente, le oíamos como si estuviese loco.

¿Quién del Escuadrón, aunque hubiese querido, hubiera llegado á poder realizar una traición?

Sin embargo, instintivamente volvimos el rostro hacia su Secretario, un magnífico oficial polaco, de ojos azules, barba rubia oscura, profusa y larga, cerrada. Era éste un doctor que había llegado á México entre los abastecedores franceses. para hacer luego la guerra á los mismos franceses, y en particular á los austriacos, á quienes decía odiar por ser siervos de un déspota.

¡Amaba la libertad, idolatraba á nuestro gran Juárez y quería batirse contra los invasores, acompañando nuestras tropas y poniéndose á las órdenes de nuestros Jefes, á quienes instruía asiduamente, siéndoles utilísimo.

Aquel hermoso médico polaco, tan noble en su ademán, con sus ojos inteligentes, nos era perfectamente simpático. Nos constaba, además, que era un valiente. Su brazo era tremendo, y en los combates esgrimía una larga y gruesa lanza, especial suya, construida por él mismo, y con la cual arremetía contra sus enemigos, hecho un demonio! Así, pues, lo admirábamos también como á un diestro y bravo veterano. Mas, aquella mañana de tristísima memoria, al oír las palabras del capitán Loza que hablaba de traición, no sé por qué algunos de nosotros tuvimos el rápido pensamiento de creer traidor al polaco.

Habíamos echado pie á tierra y él se disponía á vendar á un oficial herido, cuando al punto y de súbito, comprendió:

—¡Capitán—exclamó con acento tranquilo, de entonación extraña, frío, pero enérgico—¿hay quién crea que yo pueda ser un traidor? . . . Si acaso lo hay, le juro á usted por Dios y mi patria, que se lo entrego mañana. . . . para convencer á todos que yo no soy ese. . . . ¡Yo sé leer en los ojos de los cobardes!

Y, levantando su noble cabeza rubia, miró de frente á mi capitán, quién bajó sus ojos ante los del polaco.

—De usted no desconfío, doctor—le contestó:—pero aquí hay un traidor.

—Si es así, mañana sabrá usted quién es.

*
* *

Cuando rendimos tan penosa jornada, instalada la guardia, avanzadas, escuchas y centinelas entre unas rocas, al aire libre, en las tinieblas, ví al doctor recorriendo el campamento, deteniéndose á escuchar la respiración de cada soldado dormido, tocándole la cabeza. . . . Después se dirigió lentamente á una choza donde dormía el capitán y su ayudante, encontrando á éste en el momento en que salía, envuelto en un amplio zarape del Saltillo.

Lanzó una breve exclamación al reconocer al doctor, quien al punto le tomó del brazo y alzando repentinamente la linterna á la altura del rostro, al ver que retrocedía asustado, le gritó:

—¡Míreme usted! ¡Míreme de frente!

*
* *

Y yo, yo mismo fui testigo de lo que entonces sucedió. El polaco clavaba en él sus ojos azules iluminados por la linterna rojiza; el ayudante había palidecido. . . . Yo, que creyendo al principio en la traición del extranjero lo seguía escurriéndome tras la sombra que su luz produjera, comprendí quién era el traidor. . . . Pero estuve á la expectativa entre las sombras, ocultándome lo más que podía.

—¡Doctor, cálese usted!

—Oye, traidor,—dijo muy quedo el polaco,—ahora tú nos llevas á sorprender á los franceses. . . . te lo mando. . . . Y, óyelo bien, yo y ese oficial que me sigue sabemos que eres un Judas. . . . ¡Díme dónde está el enemigo; ahora es preciso que tú lo traiciones! Sabes dónde está.

—Señor,—murmuró el miserable,—dentro de una hora debe caer aquí. . . . Está á media legua, en Lomas Prietas. . . .

*
* *

—¡Ahora verán ustedes,—agregó el Coronel, envolviéndose densamente en el humo de su puro, relamiéndose los bigotes, humedecidos en café—ahora verán ustedes si aquello que primero creí milagro estupendo no pudiera explicarse hoy por ese maldito fenómeno de la *sugestión hipnótica*.

Les referí cómo el médico polaco alzando la linterna con la cual había alumbrado su camino por el campamento completamente dormido, había sorprendido al oficial ayudante que salía, envuelto en su ancho zarape, de la casucha que servía de alojamiento para él y para nuestro jefe.

—Compañero,—me dijo luego, sin volver la cara hacia á mí—usted me ha seguido, tal vez sospechando que yo sea el traidor que dió aviso á los franceses de nuestra hora y punto de partida, esta mañana; pero ya oye lo que acaba de confesar este hombre. . . . Dice que el enemigo está cerca, en Lomas Prietas. . . .

bueno, vamos á ver si es cierto, acérquese. . . . Usted y yo vamos hacer que el traidor repare el mal que nos ha hecho. . . .

* * *

Yo me acerqué estupefacto, al ver el efecto maravilloso de las miradas del polaco, sobre el que habíamos creído nuestro leal compañero, el oficial ayudante, único que conocía los planes y las órdenes secretas del Jefe de la partida. Llegué cólerico ante ambos, deseando matar al miserable, causa de nuestra desgracia.

Ví al infeliz tan pálido y tembloroso que parecía un atacado del mal de San Vito. El terrible doctor sostenía aún á la altura del rostro la linterna. . . . En torno se extendían las tinieblas en el gran silencio del campamento. . . . Tan sólo allá, cerca de la casucha, se esfumaba la silueta de un centinela.

—¿Quién está allí?—preguntó el polaco con breve y enérgica frase.

—Nadie, doctor—contesté.

—Vamos, pues.

—Doctor, yo le suplico á usted. . . . hermano, á tí por lo más que quieras en el mundo, te ruego—balbució, tartamudeando.

—¡Cállate, sinvergüenza, ó te arranco el alma!—rugí.

—¡Silencio! se echa á perder todo si lo saben—dijo el polaco,—porque despedazan á éste y no sorprendemos á los franceses. . . . ¡Vamos á allá!

* * *

Lo confieso, amigos, ya era más grande que mi cólera el asombro que sentía por el imperio, el dominio, la sutil adivinación del sabio polaco, que á mí se me iba figurando como cosas del demonio,—parece que el demonio debía entonces ser *chinaco*. . . . Y, nada, que ahí nos tienen ustedes á los tres rumbo á mi alojamiento.

Algunas zaleas tendidas en el fondo de un cuarto destartado, cerca de una maleta; un machete colgado en la pared, unos santos de papel en un rincón. . . . adobes que servían de asiento. . . . he aquí todo el mueblaje. El médico se sentó sobre la maleta, colocándo la linterna sobre sus rodillas; yo, á una indicación suya me instalé á su lado, sin comprender todavía qué íbamos á hacer, pero. . . . ¡eso sí! no dejaba en paz la culata de mi pistola!

—Usted allí enfrente; no; más cerca de mí. . . . ¡más! Véame bien, amigo. . . . No baje los ojos: ¡míreme de frente!

—¡Ah Doctor! por lo que más quiera usted en el mundo; por su patria!

—¡Cállese usted; no blasfeme! ¡En Polonia no hay traidores, sino mártires! . . . ¡Míreme de frente! ¡yo se lo mando! . . . ¡Míreme!

—Anda, canalla; obedece ó te destapo la olla de los sesos!—vociferé á mi vez.

—No, compañero, no hay necesidad; guarde el cachorro, porque nos ha de ser útil dentro de poco. . . . ¡Mírame, te lo mando! Así. ¡Más fijamente! Sin parpadear. . . . ¡Eh! cobarde, no tiembles, que no te vamos á matar. . . .

* * *

Entonces, vi con mayor asombro aún, que los azules ojos del doctor relampagueaban sobre los del Judas aquel, heridos al mismo tiempo por la amarillenta luz del farol. . . . No se movía; el ayudante no temblaba ya, ni apartaba del rubio y noble rostro del polaco sus miradas fijas y atónitas. . . . ¡Y yo fui entonces el que empecé á temblar de no sé qué vértigo endiabrado! Hubo un momento, palabra, en que creí que soñaba. Después volvió á temblar con grandes sacudimientos, anhelante.

Repentinamente se incorpora el polaco, se dirige al oficial que continúa sacudiéndose, pero siempre fija la vista en los ojos de aquel, le toma la cabeza y cerrándole los párpados, le ordena:

—¡Duerme! . . . ¡Duérmete! Ahora vas á responderme sin mentir. . . . ¿Dónde están los franceses?

—En el rancho de Lomas Prietas, á un cuarto de legua de nuestro campamento.

—¿Qué íbas á hacer cuando te encontramos?

—Iba á acercarme á una avanzada que me espera al pie de un mezquite, junto á una cerca, para que dieran aviso de sorprender al campamento á las doce y media de la noche, guiándolos yo por donde no hubiera centinelas. . . . En caso de que diera el ¿quién vive? yo mismo debía contestar para que no hicieran fuego: *Libertad y Reforma*.

—¿Por qué has traicionado á tu patria?

—México no es mi patria. Vine de la América del Sur con el General Ghilardi. . . . quería volver rico á ver á mi familia; tengo esposa, hijos. . . .

—Bueno, te ordeno que, cuando despiertes, inmediatamente nos conduzcas hacia el mezquite; dices á los franceses que un pelotón nuestro se pasa al Imperio. . . . que lo esperen sin hacer fuego. . . . nos llevas al campamento y allí te ordeno que en la hora del combate te batas como un valiente. . . . Si así lo haces te perdonamos. . . . Aunque sería mejor que una bala ó un sable enemigo te partiera.

Después de tan extraña escena, el polaco volvió á mí su rostro grave y sombrío, noble, majestuoso. . . . ¡No, decididamente, pensé, éste no puede ser un demonio.

* * *

—Caballero, me dijo, no se sorprenda usted de esto; es muy natural; estos seres débiles, cobardes, incapaces de grandes energías, se dominan por una voluntad firme, templada á fuego, sangre y dolor, como la mía. . . . Pero me conviene una cosa para no provocar la superstición en cualquiera partido de los ejércitos. . . . que por ahora no refiera nada de lo que ha visto . . . Más tarde. . . . á ver si más tarde se acuerda usted de mí y de este episodio.

—Doctor, le doy mi palabra de honor.

—Gracias, amigo. Mire, vamos á sorprender nosotros á los franceses, pero necesitamos ser pocos y buenos para no dar á sospechar. . . . Escójame unos diez ó doce bravos. . . .

—Pero. . . . ¿y con qué orden?

—Ese es el ayudante del capitán y él mismo ratificará la orden. . . . ¡Ya verá usted si nos vengamos!

—¡Despierta!—agregó, sacudiendo el cuerpo del traidor dormido. Al instante entreabrió los ojos suspirando y mirándonos atónito. Yo partí á escoger gente para la empresa, con ciega confianza en aquel terrible hombre.

* * *

Todo fué á pedir de boca. Avanzamos en las tinieblas; el suriano iba sombrío, mudo, marchando maquinalmente como un sonámbulo, delante del Doctor. . . . Y tras ellos, yo, con la pistola en la mano izquierda y el machete desenvainado en la derecha, y tras de mí, armados con carabinas, reatas, puñales y machetes, doce hombres de los mejores tepiqueños de Corona. . . . Llegamos al mezquite. Silbidos de culebras. . . . sombras que se agitan, cuchicheos. . . . Nos dejan pasar los puestos avanzados. . . . y henos rumbo á Lomas Prietas, donde el campamento francés duerme más tranquilo que nunca. . . .

Pasamos frente al primer centinela, quien, sin un grito, cayó de una buena puñalada. . . . ¡adelante! . . . Otro. . . . Y ese sí gritó, pero rodó de un culatazo. . . . Un minuto después, frente á los fuegos del vivac francés, llegamos ocultos por una loma y caímos como un rayo. . . . ¡Qué refriega! y entonces ví que el más terrible en batirse contra la guardia que nos hacía fuego en desorden, era el Oficial Ayudante.

Atroz fué la mortandad. . . . pero los valientes franceses—¡oh! hay que confesarlo! al fin se rehicieron á retaguardia, guareciéndose tras otra loma.

Retrocedimos batiéndonos en retirada, cargados de botín. . . . ¡Ay! el polaco quedó tendido de un balazo en el cráneo, y el cádaver del traidor suriano, literalmente acribillado, fué conducido por los nuestros al campamento donde todos ignoraron su traición. . . . ¿para qué deshorrar su memoria si había muerto dándonos un triunfo espléndido, bien que no fuera sino instrumento de aquel sombrío doctor polaco, cuyo nombre verdadero nadie supo en México. . . .

HERIBERTO FRÍAS.

